

APROXIMACIONES A GABRIELA MISTRAL

P O R

SALVADOR BUENO

LOS AGONISTAS Y LOS OTROS

Habrá que decir, en definitiva, que existen dos grandes grupos de creadores literarios, dos grandes grupos—exactos, rampantes, decisivos—de escritores. En uno de esos grupos tendremos que ubicar, sin que el molde refrene su espontaneidad, a aquellos que muchos han querido denominar agonistas, testigos de su existir y de su hora angustiosa, atenaceados de preocupaciones, batidos por fuertes oleadas de duda y de ansiedad, sacudidos por tremantes anhelos y sofocos. En el otro grupo, en la otra frontera opuesta, en aquel otro territorio hostil, hallaremos a los escritores que a todas luces y en todas las épocas tendrán el carácter de clásicos, apolíneos en su fisonomía artística, intr secamente alentados por dotar a su creación de elementos de esencialidad y quintaesencia, tratando de lograr—en forja incesante—la más alta trasmutación de los materiales humanos, turbios y confusos, que le sirvan de arcilla para su obra. Los primeros—los agonistas, que prefiero llamar los luchadores—estarán dotados de un particular instrumento de expresión: particular en el sentido de que estará despojado de toda actitud de artificio, de técnica o de tramoya. Para ellos el clamor, el grito, la exaltación. Estos—los agonistas, los luchadores—se volcarán por entero en su obra, se presentarán desnudos y naturales en su labor, tendrán como divisa primera, primordial, la sinceridad y la honradez, en suma, la autenticidad. Se les acusará—es imposible que no sean atacados y combatidos desde todos los flancos—de pedregosos y de insistentes, se tratar  de menguar su categoría de creadores a virtud de ciertas especiales normas que prefieren lo paramental y gratuito como carátula más reveladora del arte. Sin embargo, como última palabra y definición, nunca podremos hablar de su est tica, entelequia abstracta que no les interesa, a la cual desdeñan, sino que estaremos obligados a destacar su  tica, sus actitudes morales, su machacona reiteración de ciertas normas de conducta, de ciertas tajantes vivencias de superación de ascenso trascendental. Serán por eso más expresionistas que expresivos, caminarán por el mundo llevando una peculiar muestra de singularidad y, aunque aparentemente aislados, tendrán

poderosos lazos de vinculación con las más nobles aspiraciones de la especie humana. Un cierto aliento profético advertiremos en sus textos, un soplo de tragicidad correrá a lo largo de sus escrituras. Cuando estos autores escriben con su sangre todo un libro, dirán: «Camarada, éste no es un libro: quien lo toca, toca un hombre.» Y si esto estampa en su Norteamérica natal un escritor de esta raza, años más tarde, otro escritor, más allá del océano, en su meseta áspera y encendida, muy lejos en el espacio geográfico, pero hermano en la misma recia humanidad agonista, escribirá también con su sangre:

*Cuando me creáis más muerto
retemblaré en vuestras manos.
Aquí os dejo mi alma —libro,
hombre—, mundo verdadero.
Cuando vibres todo entero
soy yo, lector, que en ti vibro.*

¡Qué distintos a éstos los escritores de la sutilidad y el ingenio!
¡Qué opuestos a éstos los escritores que andan a tropiezos elaborando su miel dulce, sus colores resplandecientes, sus sentimentalidades alquitaradas, su vidriería encristalada de finezas! ¡Cómo los observamos tan distantes, tan alejados, cuando inician su laboriosidad en afanes de tejidos exquisitos y de bordados afiligranados y dificultosos! A ratos nos deslumbran éstos—los escritores del espejo, narcisos de su creación, reverentes esclavos de su propia obra— con los rarísimos efectos que consiguen, con el especial esguince de su inteligencia agudísima o de su sensibilidad macerada, por las piruetas de maravilla que efectúan allá en lo más alto e iluminado de su escenario, en prueba de su fantástica prestidigitación de imágenes y de símbolos que su riqueza metafórica o conceptual les permite. En ocasiones, estos escritores aparentan una cierta movilidad, un extraño desasosiego, pero, no nos engañemos, todo eso sólo constituye una faceta de su farsa, un efecto más para conquistar el vuelo más alto y reluciente de su invención. Cuando están en lo suyo, en su prístino papel verdadero, les vemos como impasibles creadores, como arañas hacendosas ganando el sitio más alto para la exhibición de sus habilidades.

Estos últimos de que hablamos han sido ya perfilados con certeza: «son poetas y filósofos canijos, filósofos de un detalle o de un solo aspecto; poetas de aguamiel, de patrón, de libro; figurines filosóficos o literarios». Esto dijo de ellos un escritor de aquel otro linaje de luchadores y que como luchador puso su propia vida y su propia muerte como testigo.

Y así tiene que ser. El escritor que desee que su propia obra sea un

organismo vivo e impercedero, superior a la muerte y al olvido, tendrá que llevar su propia vida a la obra, tendrá que escarbar en sus entrañas, experimentar en sí todos los conflictos y las más terribles congojas, pero sus vivencias serán transportadas al papel simplemente como testigos incambiables, como tremendas demostraciones de la total forma sincera con que aceptaron su papel de hombres. Se sumergirán, como buzos del conocimiento, en los más oscuros recovecos de sus espíritus, andarán por los entresijos de sus almas en busca de la verdad, de su auténtica condición humana; habitarán su desdicha y su angustia y las llevarán a su obra para que los otros hombres puedan asomarse a las honduras espirituales de los más representativos miembros de la especie.

Esta mujer que murió allá entre los fríos neoyorquinos trató de llevar a su obra en prosa y verso los materiales y las experiencias de su existir. Tuvo la sinceridad de cantar lo propio y singular, tuvo la honradez de presentar desnuda y sin ornamentos inútiles su propia alma, y no vaciló en chocar con espíritus pacatos y falsamente pudibundos cuando echó mano a sus más íntimas vivencias para hacer donación de ellas a los otros hermanos de la especie. Apoyó su mano larga y huesuda, recia y áspera, pero cargada de ternura y de ocultas suavidades, en su corazón. Lo sintió palpar agitado y convulso, desamparado y herido, ancho como el mundo, adolorido de frustraciones y de malogros, jadeante de amor por todas las criaturas del mundo. Y en este corazón individual supo encontrar su más fuerte apoyo y asidero, más allá del dolor y la desolación, sobre la tala mortal, superior a la muerte:

*Creo en mi corazón en que el gusano
no ha de morder, pues mellará a la muerte;
creo en mi corazón, el reclinado
en el pecho de Dios, terrible y fuerte.*

CHILE Y LA POESÍA

Según los viajeros descienden por el flanco occidental de la América del Sur alcanzan una estrecha faja de tierra que se desliza paralela al océano Pacífico, cercada muy de cerca por los impetuosos picos de los Andes. Chile ha presenciado a lo largo de su historia el interminable diálogo íntimo entre la cordillera y el mar. Lo agreste de la montaña impulsa a los chilenos hacia el mar, pero aquí y allá, hacia el norte, el centro y el sur del país, valles llenos de verdor han acogido a esta estirpe de férreos trabajadores, de laboriosos campesinos.

Desde los primeros años de la conquista española fue fragando allí un tipo criollo de muy especiales características. La sobriedad de su vivir y las dificultades del medio geográfico fortalecieron su voluntad, lo llevaron hacia la agricultura y el comercio, dejando una huella especialísima que lo diferencia de sus vecinos del Norte y del Este. Si la gente indígena que habitaba su territorio fue calificada de «fuerte, principal y poderosa» por Ercilla, los sucesivos cruzamientos, las posteriores emigraciones, fueron afilando más los rasgos peculiares del chileno actual. Un poeta chileno definirá a su pueblo con estas palabras: «Somos fríos y duros, de ademán claro, alto, franco, altivos y caballerescos, curtida la osamenta en el trabajo, orgullosos y valerosos, hasta el suicidio, en la pelea, y de muy dulce intención y fina y recia hechura en los desquites del amor y el vino» (Pablo de Rokha).

Este «país de rincones» como lo llamó uno de sus mejores narradores, Mariano Latorre, entró en la literatura conducido por la seriedad de cronistas e historiadores, llevado de la mano por la adustez de jurisconsultos y gramáticos. Es verdad que dos poetas de imperecedera memoria abrían las puertas de su épica, pero la veta creadora de Ercilla y de Oña resultó opacada por otras labores de más inmediatos merecimientos y pingües resultados. Hombres de pensamiento, sociólogos, economistas, historiadores, abundaron en las letras chilenas. Y tal punto alcanzó esta diferencia que don Marcelino Menéndez y Pelayo a la hora de escribir su historia y antología de la poesía hispanoamericana se vio obligado a fijar que en Chile no había poetas, ya que allí sólo nacían historiadores.

Pero, en honor a la verdad, no fue tan tajante el juicio del polígrafo santanderino ni tampoco negó rotundamente que en aquella larga cinta de tierra apoyada en la cordillera pudieran surgir en el futuro poetas notables. Aunque consideró que no «había que temer orgías de imaginación» de los chilenos, no rechazaba la posibilidad de que la poesía llegara a florecer en el país. «El carácter del pueblo chileno—dice Menéndez y Pelayo—, como el de sus progenitores, vascongados en gran parte, es positivo, práctico, sesudo, poco inclinado a idealidades. Esta limitación artística está bien compensada por excelencias más raras y más útiles en la vida de las naciones; pero hasta ahora es evidente e innegable. No pretendemos por eso que haya de durar siempre—añadía don Marcelino—. Dios hace nacer el genio poético donde quiere, y no hay nación ni raza que esté desheredada de este don divino. Los nombres, caros a las musas, de Eusebio Lillo, Guillermo Mata, G. Blest Gana, Eduardo de la Barra, y otros poetas vivos aún, y que por consiguiente no deben ser materia de nuestro estudio, son prenda de un porvenir que puede ser tan honroso para Chile como lo es el presente

bajo otros respectos. Pero hoy por hoy todavía puede decirse que la cultura estética no ha echado raíces bastante hondas en Chile; lo cual se comprueba no sólo con la relativa escasez de su producción poética comparada con la de otras repúblicas hispanoamericanas, sino con el carácter árido y prolijo que se advierte en muchos escritos en prosa dignos de alabanza por su contenido...» (*Historia de la poesía hispanoamericana*, t. II, pp. 369 y 370, edición de 1911).

¡Qué gran sorpresa hubiera recibido don Marcelino si hubiese podido revisar la poesía chilena sólo un cuarto de siglo más tarde! ¿Qué había ocurrido en las letras chilenas, tan prosaicas en los dos últimos siglos, para que hayan producido en menos de cincuenta años no menos de media docena de poetas relevantes y entre ellos tres que constituyen sendas cimas de la lírica hispanoamericana contemporánea?

En la primera mitad de este siglo, Chile ha podido mostrar al mundo un grupo notabilísimo de poetas tales como Manuel Magallanes Moure, Pedro Prado, Carlos Pezoa Véliz, Angel Cruchaga, Daniel de la Vega, pero sobre todo este país que se sospecha apartado de todo genio poético ha visto nacer tres poetas de los primeros del habla castellana contemporánea: Vicente Huidobro, Pablo Neruda y Gabriela Mistral. Todos los poetas de nuestro idioma rinden pleitesía y reconocimiento a estos tres poetas chilenos que haciendo gala de una «orgía de imaginación», pero también de una hondura de sentimiento que nunca pudo vislumbrar en el futuro el crítico español finisecular, han influido decisivamente en los rumbos de la lírica española e hispanoamericana.

Gabriela Mistral, Neruda y Huidobro constituyen el mayor aporte de Chile a la poesía del siglo xx. Y los tres vienen de rincones muy diversos del país: Gabriela, del Norte; Huidobro, de la capital, Santiago, en el centro, y Neruda, de un poco más al Sur. Y cada uno de ellos posee una personalidad muy definida y característica, desde la exuberancia de imágenes de índole creacionista, como piructa verbal, de Huidobro, la honda creación poética de Neruda, con su florecer enorme de metáforas afinadas en el desgarramiento del ser y el caos de un mundo en bancarrota, y la expresión noble y cordial hecha a la vez de ternura y reciedumbre de Gabriela Mistral.

Estos tres poetas de fama tan extendida por el ancho mundo están muy vinculados a su país natal, estrechamente condicionados por la realidad geográfica, social y humana de su tierra, y muchos de sus rasgos distintivos se derivan de su mismo enraizamiento chileno, aun de la región chilena que los vio nacer. De ahí que se haya hablado del humorismo santiaguino de Huidobro, de sus actitudes consentidas de antiguo «pelucón» un tanto señorito, lo mismo que Neruda posee la vitalidad de los bosques nativos, la fuerza extraor-

dinaria de lo vegetal que impera en sus versos, la movilidad de océano profundo que advertimos en sus textos.

LA REGIÓN NATAL Y LA NATURALEZA

La región chilena donde nació Gabriela Mistral ofrecerá abundantes datos para la mejor comprensión de su obra. Lo declaraba ella misma al crítico Hernán Díaz Arrieta: «Esto de haberse rozado en la infancia con las rocas es algo muy trascendental.» Allí, en el «Norte Chico», en la pequeña ciudad de Vicuña, en el valle de Elqui, nació el 6 de abril de 1889. Toda aquella región nortina de la provincia de Coquimbo, con sus cinco valles del Elqui, el Limarí, el Huasco, el Choapa y el Copiapó ofrece un espectáculo inolvidable para el viajero. Ya en los primeros años del siglo XVIII, el francés Frezier hablaba de la «fertilidad de la tierra», de sus ricas minas, de la áspera fragosidad de sus montañas. Proctor, en sus *Narraciones* describe «el valle... lleno de bellas cascadas y torrentes precipitándose de los cerros y estrellándose contra inmensos bloques de granito, desparramados como si una convulsión violenta de la Naturaleza los hubiera arrancado de sus cauces naturales». (*Imágenes de Chile*, selección y notas de Mariano Picón-Salas y Guillermo Feliú Cruz, Santiago, 1933.)

La riqueza minera, en plata, oro y cobre, de esta región, amén de su riqueza agrícola, la destaca entre las zonas más prósperas del país. Pero, además, a lo largo de la historia chilena, toda esta región ha manifestado siempre una indudable inclinación política de índole reformista y superadora. La gente que la habita adopta siempre actitudes progresistas, a veces hasta socializantes. Podría afirmarse que no sólo la naturaleza física, sino también la condición social e histórica de su región natal imprimen profunda huella en la vida y en la obra de Gabriela Mistral.

El recuerdo de estos paisajes persiste en los versos de años posteriores. En el poema «Todas íbamos a ser reinas» recuerda el valle natal:

*En el valle de Elqui, ceñido
de cien montañas o de más,
que como ofrendas o tributos
arden rojo o azafrán.*

Vicuña no era más que una aldea grande; por tanto, la vida rural influía notablemente en sus moradores. El mismo temperamento y carácter de Gabriela Mistral—según anotan sus amigos—poseía los ras-

gos de tosquedad propios de una campesina, unidos, eso sí, a una espontaneidad recia, a una vigorosa expresión escueta, sobria, al empleo, que alcanzará categoría artística, de un habla arcaica, ruda, peculiar a las gentes del campo. Toda su poesía y su prosa revelan la base rural de la escritora chilena.

Pero existe cierta evolución —y características diversas— en su contemplación y expresión de su tierra natal, y más tarde, de la naturaleza de América. En su primer libro, *Desolación* (Nueva York, 1922), la visión de la Naturaleza está teñida con su profundo dolor desolado, los elementos de la Naturaleza sirven para confirmar la honda desolación que pesa sobre su alma. Esta naturaleza patética no es sólo la de su región natal, sino de aquellas tierras más australes de su patria adonde la llevaron sus menesteres pedagógicos. Juntos están el paisaje desolado y la desolación de su alma:

*El viento hace a mi casa su ronda de sollozos
y de alaridos, y quiebra, como un cristal, mi grito.*

En esos «Paisajes de la Patagonia», sección importante de su primer libro, encontrará el lector poemas a diversos elementos de la Naturaleza: «Árbol muerto», «El espino», «A las nubes», «Otoño», «La montaña de noche», «Balada de la estrella» y algunos más. De todos estos símbolos naturales de su propia congoja, el más importante es «El espino», prendido a una roca, contorsionado y retorcido en su angustiosa aflicción. Y el espino:

*Me ha contado que me conoce,
que en una noche de dolor
en su espeso millón de espinas
magullaron mi corazón.*

En *Ternura* (Madrid, 1924), los poemas de la Naturaleza, quizá influidos y condicionados por las «canciones de cuna» y las «rondas» infantiles, sienten los paliativos del cariño, los consuelos que los pequeños proporcionan a la maestra desolada. En el amor al árbol está el núcleo de esta nueva visión del paisaje, de amor a las cosas de la Naturaleza: «Plantando el árbol», «Himno al árbol», «Plegaria por el niño», «La canción del maizal», «Promesas a las estrellas». La ternura ilumina su amor a la tierra, su contacto con la tierra, su identificación con ella:

*Niño indio, si estás cansado,
tú te acuestas sobre la tierra,
y lo mismo si estás alegre,
hijo mío, juega con ella...*

Si en *Ternura* la Naturaleza está puesta al nivel de la mentalidad y la sensibilidad del niño, en *Tala* (Buenos Aires, 1938) este tema constante en su poesía se enriquece e incrementa. Ya no sólo serán los paisajes campestres de su tierra nativa, no sólo serán los elementos de la Naturaleza propicios a la labor del magisterio, sino que extenderá sus miradas a toda la naturaleza americana, observará paisajes muy diversos del continente y su voz ampliará sus registros para reflejar tan enorme y gigantesco panorama. Se lanza a la creación de poemas que rozan lo épico, y en las glosas finales de *Tala* comentará: «Después de la trompa épica, más elefantina que metálica, de nuestros románticos, que recogieron la gesticulación de los Quintanas y los Gallegos, vino en nuestra generación una repugnancia exagerada hacia el himno largo y ancho, hacia el tono mayor.» Y añade: «Suele echarse de menos, cuando se mira a los monumentos indígenas o la cordillera, una voz entera que tenga el valor de allegarse a esos materiales formidables... Yo sé muy bien que doy un puro balbuceo del arduo asunto.»

Pero este balbuceo, decimos nosotros, produce dos poemas, como «Sol del trópico» y «Cordillera», donde la escritora encara esas recias manifestaciones de la naturaleza americana. No oíamos en América himnos de tal índole desde los tiempos de Heredia y de Olmedo. Al «Sol del Trópico» cantará con su voz más ancha:

*Quémame tú los torpes miedos,
sécame lodos, avienta engaños;
tuéstame habla, árdeme ojos,
sollama boca, resuello y canto,
limpiame oídos, lávame vistas,
purifica manos y tactos.*

*Hazme las sangres y las leches
y los tuétanos, y los llantos.
Mis sudores y mis heridas
sécame en lomos y en costados.
Y otra vez íntegra incorpórame
a los coros que te danzaron,
los coros mágicos, mecidos
sobre Palenque y Tihuanaco.*

Y cantará, en esta forma augusta, a «El maíz», al «Mar Caribe», al «Tamborito panameño». Se siente mujer de América, identificada con esta tierra nueva y criolla de siempre, cantará en su español tan linajudo las tradiciones indígenas, los mitos, los nombres incaicos, mayas y aztecas. Sus viajes por casi todos nuestros países hispanoamericanos permiten esta visión total. Ella, allá en lo hondo, se sabe de culturas mezcladas, mestiza de español y de indígena, y se apropia de

todo, de lo español y lo indígena, que la enriquecen de diversa manera. En su último libro *Lagar* (Santiago, 1954), los poemas sobre la naturaleza americana continúan, en un tono más sobrio, con una mayor objetividad de expresión: habla de la «Amapola de California», de la «ceiba seca», de la «espiga uruguaya». Y canta en este último libro a las «Palmas de Cuba»:

*Si no las hallo quedo huérfana,
si no la gozo estoy aceda,
duermo mi siesta azuleada
de un largo vuelo de cigüeñas
y despierto si me despiertan
con su silbo de tantas flechas.*

EL DOLOR, COMO UN PERRO FIEL

Aquella niña chilena que nació en el ambiente rural de su valle de Elqui conocería muy pronto el dolor. No iremos a señalar aquí puntos de su biografía. Pero tenía tres años la pequeñuela cuando su padre, un bardo de aquellos improvisadores y repentistas, maestro de ánimo errátil y aventurero, abandonó el hogar. Sería desde entonces una sombra apenas entrevista, aunque nunca olvidada. Allí quedó ella, en el valle, pegada a la tierra, a la sombra de los árboles. «Mi recuerdo de él—declara Gabriela—pudiera ser amargo por la ausencia, pero está lleno de admiración por muchas cosas suyas y de una ternura filial que es profunda.»

Habrà algún día que estudiar—con ese frío análisis de las ciencias psicológicas—todo lo que pudo significar para el porvenir de aquella niña el desgarramiento paternal. Algunos poemas de «Desolación» hacen pensar el trance amargo que en el ánimo de la futura escritora causó este hecho. En su «Poema del Hijo», dirá:

*Y el horror de que un día con la boca quemante
de rencor, me dijera lo que dije a mi padre:
¿Por qué ha sido fecunda tu carne sollozante
y se henchieron de néctar los pechos de mi madre?*

Y su poema a «Ruth», la moabita, ¿no está dedicado más que a Ruth a Baoz, el viejo patriarca, una imagen paternal que llenaba de lágrimas sus sueños? Y ¿no es también el padre distante como un vago símbolo de la vaciedad amorosa que la impulsará a cantar, como compensación, a la madre y al amor de los hijos?

Pues el dolor le siguió los pasos siempre como una sombra, como

un perro fiel. Primero, ya lo hemos dicho, fue el hogar abandonado por el padre. Después aquella ensoñación mutilada por el suicidio de Romelio Ureta.

*¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienas vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos orientadas?*

¿Cuánto han escrito ya sobre este hecho de la adolescencia de Gabriela Mistral? Desde aquellos días de 1914, cuando los «Sonetos de la muerte» recibieron el premio en los Juegos Florales de Santiago, han insistido en una interpretación cerradamente autobiográfica para explicar aquellos versos. En ellos había rezumado su dolor por el suicidio en 1909 de aquel joven que fue depositario de sus años juveniles. Un crítico chileno, Angel Saavedra Molina, pretendió explicar el proceso del trance amoroso de Gabriela a lo largo de poemas escritos en años y en oportunidades muy diversas. Nunca la poetisa rechazó estas interpretaciones. Pero en 1949, el profesor Augusto Iglesias, en su libro *Gabriela Mistral y el modernismo en Chile*, después de haber realizado grandes investigaciones, llegó a la conclusión de que todo había sido un caso de «ensoñación convertida en realidad poemática». Dice en ese libro, fundamental para conocer la génesis de muchos poemas y actitudes de Gabriela Mistral:

«En los “Sonetos de la muerte” se halla, pues a nuestro juicio, la célula o primera manifestación literaria de un ensueño amoroso. ¿Cuál? El que puso en el estro de Gabriela el hecho *a peu près romantique* de que un joven, a quien ella no concedió más allá de una simpatía intrascendente, hubiese llevado consigo al morir la última tarjeta postal que ella le enviara.» «No hay duda de que antes de estos versos, por los motivos que ya adujimos, Romelio Ureta no tenía importancia pasional en el ánimo de la autora. De resucitar, el más sorprendido hubiera sido él, porque después de los “Sonetos de la muerte”, la memoria de este joven se transforma en una “creación en marcha”» (p. 235).

Pero, aunque desechemos esta interpretación biográfica, lo cierto es que los «Sonetos de la muerte» y los poemas incluidos en la sección titulada «Dolor», en su libro *Desolación*, forman la base de la fama literaria de Gabriela Mistral. Ellos ganaron de inmediato un sitio de honor en la poesía hispanoamericana y permearon de amargura todas las páginas de ese libro, que en Nueva York le publicó don Federico de Onís y el Instituto de las Españas. «Dios me perdone este libro

amargo, y los hombres que sienten la vida como dulzura me lo perdonen también. En estos cien poemas queda sangrando un pasado doloroso, en el cual la canción se ensangrentó para aliviarse. Lo dejo tras de mí como a la hondonada sombría, y por laderas más clementes subo hacia las mesetas espirituales, donde una ancha luz caerá, por fin, sobre mis días.»

Esos poemas del amor frustrado por la muerte forman un rosario melancólico que expone las fases diversas del dolor de la poetisa. En ellos encontramos—en «El encuentro», en «Interrogaciones», en «El ruego»—la más propia e individual de las voces de Gabriela. ¿Quién no habrá sentido escalofríos al repasar las líneas de «El ruego»?

*Aquí estoy, Señor, con la cara caída
sobre el polvo, parlándote un crepúsculo entero,
a todos los crepúsculos a que alcance la vida,
si tardas en decirme la palabra que espero.*

Y todavía más revelador de sus vivencias es el «Poema del hijo», donde la maternidad malograda entona un himno de hermosas resonancias, pero de terribles congojas:

*¡Un hijo, un hijo, un hijo! Yo quise un hijo tuyo
y mío, allá en los días del éxtasis ardiente,
en los que hasta mis huesos temblaron de tu arrullo
y un ancho resplandor creció sobre mi frente.*

Y más adelante, al hablar del hijo vislumbrado, dirá:

*Sus brazos en guirnalda a mi cuello trenzados;
el río de mi vida bajando hacia él, fecundo,
y mis entrañas como perfume derramado
ungiendo con su marcha las colinas del mundo.*

A partir de este instante, la pobre mujer solitaria buscará un remanso en otros niños, cantará a otras madres, verá el santo oficio maternal como el más alto de la tierra. Alza los ojos al cielo Gabriela con su mirada tímida y su corazón entero; alza los ojos al Dios nuestro, en busca de reposo, en trance de consuelo:

*Apacenté los hijos ajenos, colmé el troje
con los trigos divinos, y sólo de Ti espero,
¡Padre Nuestro que estás en los cielos! ¡Recoge
mi cabeza mendiga, si en esta noche muero!*

Una vez observó el crítico cubano Nicolás Heredia la poca atención que la poesía castellana había prestado al tema de la maternidad. Pues bien, con el valioso aporte de Gabriela Mistral este déficit ha sido

compensado con creces. Ya desde *Desolación*, la creación poética de la escritora chilena estará dedicada a dos temas fundamentales: la madre y el niño. Aun en sus «Sonetos de la muerte», llama hijo al amante: hijo dormido, niño dolorido, le dice. Y después «La mujer fuerte», «La mujer estéril» mostrarán sus desvelos, desvelos que buscan paliativos en sus poemas escolares, en sus cantos infantiles, en las rondas y canciones de cuna, que en *Desolación*, pero sobre todo en *Ternura*, serán la porción más tierna y dulce de su lírica.

Y en esas nanas, en esas canciones de cuna, ¿qué labor difícil y qué gusto exacto habrá de tener para no pecar de gazmoña ni descender a la cursilería que no pueden evitar sus frecuentes imitadoras! Género propio del folklore, un canto muy llano e ingenuo briza la maestra para adormecer a los niños. Creación popular; al leerlas parece que escuchamos la tierna melodía de «arrorró» musitada por la madre:

*Me encontré este niño
cuando al campo iba;
dormido lo he hallado
en unas espigas...*

*O tal vez ha sido
cruzando la viña:
buscando los pámpanos
topé su mejilla...*

*Y por eso temo,
al quedar dormida,
se evapora como
la helada en las viñas...*

La voz toda pasión intensa, ruda y vehemente, que pasa desgarradora, alucinada, por sus poemas del amor frustrado, se le vuelve suave y tierna, frágilmente conmovida, en sus versos maternos, en sus nanas y en sus rondas.

MESIANISMO AMERICANO

Al hablar de Gabriela, la escritora, gustan muchos de referirse a sus otras actividades de índole cultural que llevó a cabo en América y en Europa. Ya desde 1922 fue invitada por el gobierno mexicano a participar en las reformas educacionales en dicho país. A partir de ese año viajó por Uruguay y Argentina, visitó las Antillas, y en 1933 fue nombrada cónsul de Chile en Madrid. Como representante consular de su país en distintas ciudades americanas y europeas y en el Insti-

tuto de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones, Gabriela Mistral participó en numerosos congresos y reuniones pedagógicas internacionales.

Pero tendremos que señalar, como algo de mayor trascendencia, el fecundo influjo que en todos los grupos intelectuales y literarios de América tuvo la poetisa chilena. No hubo en treinta años hecho esencial en nuestro continente, y aun en el mundo entero, al que Gabriela no diera su pauta orientadora, no ofreciera palabras de aliento, o levantara, cuando era necesario, su clamor de protesta. A través de su propia presencia, o por sus artículos periodísticos y sus «recados» magistrales, hacía resonar su voz: «Se trataba nada menos—dice Mariano Picón Salas—que de defender frente al divisionismo político del mundo hispanoamericano, un legado espiritual y moral común, una herencia de cultura y aspiración de justicia que tenía validez para todo el continente. El fuego contagioso y la pasión creadora de esta mujer parecían vencer a los hombres más ariscos.»

Pues resulta relevante que las labores pedagógicas y culturales de Gabriela Mistral no quedaran reducidas a meras actividades feministas. Esa fuerte corriente de amor a la humanidad—centro de su obra literaria—no fue un mero gesto elegante de escritora, sino que estuvo en consonancia con una ferviente actitud de servicio en todas las causas por el mejoramiento de los desamparados y los humildes, por la defensa de una mayor justicia social en el mundo. Esa actitud mesiánica, presente en muchos de sus versos, pero activo y militante en todos los actos de su existencia, ya se mostraba en estas palabras suyas de juventud: «Soy cristiana, de democracia total. Creo que el cristianismo, con profundo sentido social, puede salvar a los pueblos.»

Pocos meses antes de la muerte de Gabriela, salía de la prensas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana el libro *Santa Gabriela Mistral*, de Benjamín Carrión, donde el notable escritor ecuatoriano recoge buena parte, y muy valiosa, de su correspondencia con la poetisa chilena. Esas cartas, escritas desde Europa o en América, fijan un itinerario en las meditaciones de la poetisa sobre las cuestiones sociales y políticas de América, y evidencian cierta evolución en su llamada postura mesiánica.

Desde hacía años, Carrión pensaba publicar un estudio sobre ella, para incluirlo en una nueva serie de «Creadores de la Nueva América», primer libro de Carrión, que lleva por cierto prólogo de la escritora chilena. Y en una carta, Gabriela explicaba: «¿Pero qué tengo yo de creadora de la América? En primer lugar, yo siento una profunda decepción de nuestros países, que cada hecho nuevo me acidula más; yo he abandonado la actitud mesiánica que tuve algunos años, con-

vencida de que el mesianismo es vanidad en parte, en parte ingenuidad, en parte vocinglería, puro *meeting* en la sabida plaza. Yo me he separado violentamente de nuestros «maestros de América». Y añadía... «Está llena la América de lidercitos, de apostolitos, de rectificadores del mundo, que reciben estas designaciones con toda seriedad; yo me sonrío de ello; no me ponga usted en el caso de que la burla se revuelva contra mí» (p. 144).

Y en otra carta, atribulada en su concisión, afirma: «Veo la América del Sur en un temblor. Aún no logro ver claro. Sabe usted que no creo en la mano militar para cosa alguna. Dios ayude a los buenos» (p. 150).

Y no obstante, aunque se opone a posturas mesiánicas, no podía olvidar los problemas de nuestro continente. De tal modo, que pocas páginas después, Carrión recoge estas otras palabras de Gabriela, siempre preocupada por el destino de nuestros pueblos americanos: «Recuérdeme algo que me preocupa desde hace años: Procurar que nuestra gente vea, palpe y comprenda que nuestra raza se está dando no sé qué clase de cultura que en nada mejora sus instintos crueles. De esto recuérdeme usted. Es una llaga, parece la vida de nuestros pueblos en cuanto al simple amor al prójimo» (p. 167).

Desde hacía años andaba con la constante preocupación por la paz. Uno de sus artículos recogía estas palabras admonitorias: «Hay palabras que, sofocadas, hablan más precisamente por el sofoco y el exilio; y la palabra «Paz» está saltando hasta de las gentes sordas o distraídas.» «Hay que seguir voceándola día a día, para que algo del encargo divino flote, aunque sea como un pobre corcho sobre la paganía reinante.» Y aunque estas cosas decía de la «Paz», añadía sobre el «pacifismo»: «Tengan ustedes coraje, amigos míos. El pacifismo es la jalea dulzona que algunos creen... Digámoslo cada día en donde estemos, por donde vayamos, hasta que tome cuerpo y cree una «militancia de la paz», lo cual llene el aire denso y sucio y vaya purificándolo.»

Pocas semanas antes de morir escribió un documento, donde vuelve a hablar a todo el continente americano, a todos nuestros pueblos: Dice Gabriela Mistral en esta última admonición mesiánica: «Ni el escritor, ni el artista, ni el sabio, ni el estudiante pueden cumplir su misión de ensanchar las fronteras del espíritu si sobre ellos pesa la amenaza de las fuerzas armadas, del estado gendarme que pretende dirigirlos. El trabajador intelectual no puede permanecer indiferente a la suerte de los pueblos, al derecho que tienen de expresar sus dudas y sus anhelos. América en su historia no representa sino la lucha pasada y presente de un mundo que busca en la libertad el triunfo

del espíritu. Nuestro siglo no puede rebajarse de la libertad a la servidumbre. Se sirve mejor al campesino, al obrero, a la mujer, al estudiante, enseñándole a ser libre, porque se le respeta su dignidad.»

LA MUERTE CALLADA Y EXTRANJERA

Allá, entre los fríos norteros, en medio del silencio del invierno, en un lugar retirado, murió en 1957, víctima de cruel enfermedad, Gabriela Mistral. Sus poesías fueron leídas en todos los idiomas, cantadas por las tiernas voces de pequeñuelos de diversas partes del mundo, estudiadas por los más severos jueces de la tierra. En algunos sitios alzaron estatuas en su honra; en otros su nombre engalanó escuelas; en otros fue jaculatoria, verbo de alabanza. La tímida, tosca maestra rural fue reina de la poesía que en todos los países del globo recibió homenajes de admiración, de los poderosos y de los débiles, de los cultos y de los ignorantes, de los hombres, las mujeres y, sobre todo, de los niños.

Pero no fue fácil para ella alcanzar el triunfo en las letras y la aceptación total de su obra. Pero llegó el reconocimiento de los maestros norteamericanos de español, en 1922, y su nombre comenzó a abrirse paso hacia la fama. En 1945, la Academia Sueca la elegía como Premio Nobel de Literatura de dicho año. Era la quinta mujer que alcanzaba tal distinción y el primer escritor de la América hispana que recibía un reconocimiento universal de tal categoría. Seis años más tarde obtenía el Premio Nacional de Literatura de su tierra natal. El sueño de la maestra que quería ser reina se había cumplido.

Nosotros, los cubanos, le agradecemos a Gabriela Mistral todo lo que había dicho, en artículos y cartas, en sus «recados» famosos, sobre la vida y la obra en prosa y verso de José Martí. Ningún escritor ha señalado tan abiertamente su deuda con la obra martiana como la poetisa chilena. En su ensayo «La lengua de Martí» y en otros escritos toda su voz palpitaba de entusiasmo y reconocimiento hacia Martí, que «es el escritor americano—dice—más ostensible en mi obra». Hablando de Gabriela y de Martí, espíritus tan hermanos, pudo decir Andrés Bello: «se me antoja que a Gabriela le queda muy bien el título de «padrazo» que Unamuno dio a Santa Teresa, así como le queda perfectamente a Martí el de «madrecito» que le dio a San Juan de la Cruz».

Ahora que Gabriela está ya en un cielo más alto, y nos quedan como herencia su poesía y su prosa que enriquecen las letras hispanicas, recordaremos el tono patético y mesiánico de sus páginas me-

jores, el encanto de sus rondas infantiles, aquel amor a la tierra, a la naturaleza americana, que hace palpar su verso certero. Ninguna otra mujer realizó una labor creadora de tan fuerte significación en nuestras literaturas. Sin exquisites verbales, esa poesía está saturada de los mejores elementos del idioma, de sus valores eternos, de su sentido popular y terrígeno. Junto a la intensidad y enérgica emoción de sus imágenes, una afirmación moral fija las proyecciones más universales de su obra. Esta afirmación étnica continúa en la poesía y la prosa de Gabriela Mistral las más nobles tradiciones de nuestra cultura hispanoamericana.

Deseo poner como colofón a este trabajo estos versos que hace años dedicó la escritora chilena a Francis de Miomandre:

*Vivirá entre nosotros ochenta años,
pero siempre será como si llega,
hablando lengua que jadea y gime
y que le entienden sólo bestezuelas.*

*Y va a morir en medio de nosotros,
en una noche en la que más padezca,
con sólo su destino por almohada,
de una muerte callada y extranjera.*

SALVADOR BUENO
Calle 60, 1303, «Marianao»
LA HABANA (CUBA)